Otro de los atractivos de esta novela es el lenguaje de los pescadores de Nazaré, sus giros, su sintaxis, popular y elegante al mismo tiempo; la viveza de inteligencia que reflejan sus diálogos.

Obra completa en extensión y profundidad, constituye uno de los mejores testimonios de la intensa preocupación que la literatura neorrealista portuguesa viene demostrando, de unos decenios a esta parte, por el conocimiento de su realidad étnica y geográfica.—ANGEL CRESPO.

HISPANOAMERICA A TRAVES DE SUS NOVELAS

EL HECHIZO DE LA SELVA

Los pueblos están definidos por su geografía, no sólo en el sentido material o topográfico de que los limite, sino también, y sobre todo, porque les presta su carácter y en cierto sentido los modela a su imagen. ¿Es que tiene apariencia humana el paisaje? Sabiéndolo mirar se la ve; y suponiendo que el espectador sea extremadamente miope, puede en último término deducirla de su observación de los seres humanos que encierra. Este ha sido, sin duda, uno de los descubrimientos más importantes de los hombres del 98; bien es verdad que apenas tuvieron ellos ojos para mirar con otra luz que con la de Castilla.

América, en este sentido, es tal vez el continente de más rica expresividad y también el menos explotado. En 1928, época de la publicación de *La vorágine,* de José Eustasio Rivera, la selva americana permanecía en gran parte ignorada. Rivera la descubrió, y a ello debe su éxito. Parece paradójico, algo así como un nuevo descubrimiento del Mediterráneo, mostrar la selva a quienes viven ceñidos, aprisionados casi por ella; pero los hechos están ahí, insoslayables. América conocía sus selvas a través de las desfiguraciones enervantes de Chateaubriand, copiadas años después por el colombiano Jorge Isaacs en su *María,* réplica americana al *Pablo y Virginia,* de Saint-Pierre. Y fué Rivera, otro colombiano, quien acabó con este estado de cosas, con esta ignorancia, si no ya geográfica, sí literaria y artística. Y la selva misma supo recompensarle: por esta novela, su única novela, se le considera como «el más alto novelista colombiano del siglo XX»; y la verdad es que, «sin el paisajista, esta novela dejaría de existir; sin la selva, no habría pasado de un miserando pastiche» (Luis Alberto Sánchez: *Autores representativos de América).* Y aclara el autor inmediatamente citado: «Digo sin la selva, porque la selva no es allí recipiendaria, sino dadora; no sólo proporciona el escenario, sino que sustituye al

autor y dicta la trama, obligando a desgonces, reticencias, debordadamientos y aglomeraciones descriptivas y metafóricas. Rivera está poseído del genio de la selva: éste habla por boca de aquél. De ahí su evidente grandeza.»

José Eustasio Rivera nació en Neiva, capital del departamento del Huila (Colombia), en el dintel de la selva, en el año 1889. Murió cuarenta y cuatro años después, en Nueva York, donde se hallaba preparando la edición inglesa de su novela. Aparte de *La vorágine,* Rivera no publicó sino un libro de versos: *Tierra de promisión* (1921). Hecho decisivo en su vida literaria fué su nombramiento de Inspector de Yacimientos Petrolíferos. Tuvo ocasión, entonces, de recorrer una vez más los lugares de su infancia, atreviéndose ahora a franquear la intimidante selva. Venía de recorrer los Andes meridionales y la meseta del Anáhuac, países —Perú y México— a los que había ido en misión oficial. Tenía los pies callosos de recorrer regiones vírgenes y la piel curtida por climas dispares; se hallaba preparado para la misión que asumía. Sin duda que debió cumplirla con fidelidad, porque poco después le nombran miembro de la Comisión de Límites entre Colombia y Venezuela. Recorre entonces los llanos del Casanare y del Meta, Orinoco, Río Negro y Casiaquiare, lugares donde años después sitúa la acción de su novela. Tuvo igualmente ocasión de constatar los abusos de los caucheros en la selva de siringos, y no sólo redactó un informe denunciatorio, sino que la parte mejor lograda de su novela se halla en los capítulos en que, con vibrante mesura, vuelve al tema requisitorio, puesto esta vez en boca de uno de los personajes que ha sido víctima de esos tiranuelos, «reyezuelos del caucho» les diríamos hoy día. Como Arturo Cova, el protagonista de su novela, Rivera pagó su audacia con el beri-beri. Durante su convalecencia, en 1924, se dedicó a escribir el amargo relato de sus experiencias. Cuatro años de trabajo asiduo le costó el libro, que, por lo demás, parece compuesto a trompicones y bajo la influencia dominadora del más caprichoso talante, ya que junto a páginas brillantes y felices están, acosándolas, esas otras farragosas, cursis y crispantes que llenan buena parte de la obra. Se diría que han sido estas últimas redactadas en períodos de recrudecimiento de la enfermedad. Como hice notar en un principio, las páginas acabadas, que dan al libro su sentido, pertenecen a la selva; las otras, los fárragos detestables, son herencia inevitable de un romanticismo viciado y decadente, muy en boga en América durante los años en que Rivera escribía su relato, y según el cual la máxima perfección del ingenio consiste en decir cursilerías acerca del amor y cuanto con él se relaciona. Pero como este aspecto de Rivera no

constituye el tema de mis notas, me limitaré, como comprobación de lo afirmado, a copiar un párrafo de muestra. Comienza así la novela:

> Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia. Nada supe de deliquios embriagadores, ni de la confidencia sentimental, ni de las zozobras de las miradas cobardes. Más que el enamorado, fuí siempre el dominador, cuyos labios no conocieron la súplica. Con todo, ambicionaba el don divino del amor ideal, que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara en mi cuerpo como la llama sobre el leño que la alimenta...»

En este tono continúan las primeras páginas. Poco a poco, a medida que se van adentrando en la selva y se van perfilando los personajes, el estilo se vigoriza, desaparecen las frases largas y alambicadas y el ritmo mismo de la narración se hace emocional e intenso. Véase, por ejemplo, el párrafo final de la novela y compárese con el antes citado:

> «El último cable de nuestro Cónsul, dirigido al señor Ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova y sus compañeros, dice textualmente:
>
> «Hace cinco días buscamos en vano a Clemente Silva.
> Ni rastro de ellos.
> ¡Los devoró la selva!»

La diferencia es sobradamente manifiesta y cualquier comentario está de más.

La selva que Rivera descubre para la literatura americana es la hosca, hostil y traidora selva de la realidad. Aquella otra de María y Efrain, que Jorge Isaacs había popularizado, no deja de ser un mito infantil carente de todo fundamento:

> «¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores traslúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía la de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!
>
> Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales. Aquí, los responsos de sapos hidrópicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como una droga; la liana maligna cuya pelusa enceguece a los animales; la pringamosa que inflama la piel; la pepa del curujú, que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica; la uva purgante, el carozo amargo.
>
> Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la

fruta, que al abatirse hace promesa de semilla; el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno; el chasquido de la mandíbula, que devora con temor de ser devorada; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo superviviente: el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. ¡Todo por el júbilo breve de vivir unas horas más!»

La inmersión del hombre en la selva se desarrolla, según un proceso bien definido, que Rivera, a lo largo de su novela, expone de un modo directo, vital, en sus personajes. En primer lugar, y dado el carácter de la selva, el encuentro del hombre con ella posee todas las características de un choque. La selva es desconfiada por naturaleza, porque es salvaje. La selva se defiende embrujando al asaltante:

«Nadie ha sabido cuál es la causa del misterio que nos trastorna cuando vagamos por la selva. Sin embargo, creo acertar con la explicación: cualquiera de estos árboles se amansaría, tornándose amistoso y hasta risueño, en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo sangrara ni lo persiguiera; mas aquí todos son perversos, agresivos o hipnotizantes. En estos silencios, bajo estas sombras, tienen su manera de combatirnos: algo nos asusta, algo nos crispa, algo nos oprime, y viene el mareo de las espesuras, y queremos huir y nos extraviamos, y por esta razón miles de caucheros no volvieron a salir nunca.»

La selva enloquece, lanza a los unos contra los otros, los impele a las mayores barbaridades. Los hombres, a su sombra, se tornan crueles, inmisericordes:

«¡Matar a un hombre! ¿Y qué? ¿Por qué no? Era un fenómeno natural. ¿Qué otro modo más rápido de solucionar los diarios conflictos?

Y por este proceso —¡oh selva!— hemos pasado todos cuantos hemos caído en tu vorágine.»

Los hombres se transforman en marionetas de la selva, poseídos de su furor y su recelo atávicos. Es ella la personificación de la tentación, o del demonio, con la que ha de usarse una ascética de retraimiento; ésta es una de esas tentaciones que se vencen huyéndolas; todo flirteo con ella es ya consentir en el pecado. Sin embargo, nadie sabe por qué, es un peligro que excita y atrae, al igual que esas tentaciones a las cuales sólo se vence huyéndolas, igual que el vértigo del abismo. Y así,

a pesar de que el experto rumbero Clemente Silva, viejo en estas lides, les aconsejase:

> «No mirar a los árboles, porque hacen señas; ni escuchar los murmurios, porque dicen cosas; ni pronunciar palabra, porque los ramajes remedan la voz; ellos, lejos de acatar estas instrucciones, entraron en chanza con la floresta y les vino el embrujamiento, que se trasmite como por contagio; y él también, aunque iba delante, comenzó a sentir el influjo de los malos espíritus, porque la selva principió a movérsele, los árboles le bailaban ante los ojos, los bejuqueros no le dejaban abrir la trocha, las ramas se le escondían bajo el cuchillo y repetidas veces quisieron quitárselo. ¿Quién tenía la culpa?»

La culpa no la tenía nadie, porque ello es inevitable. Es inevitable que quien entre en la selva sucumba a su tentación. Es una tentación que por más que uno comprenda su peligrosidad, atrae de un modo excitante que induce a «chancearse» con ella; una vez que se ha sucumbido se llega a amar este vicio con un desesperado amor masoquista, algo parecido a la terca obstinación con que el encenagado debe aferrarse a su pervertido hábito, que más que placer le produce dolor:

> «Un sino de fracaso y maldición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los aniquila, la selva los retiene, la selva los llama para tragárselos. Los que escapan, aunque se refugien en las ciudades, llevan ya el maleficio en cuerpo y alma. Mustios, envejecidos, decepcionados, no tienen más que una aspiración: volver, volver a sabiendas de que si vuelven perecerán.»

Viendo la huída irrealizable, se entregan a la selva como a su dueño, como al amo que los explota, oprime y maltrata, y al que se le teme y al que al fin se le adora:

> «Y pensando en Dios, comenzó a rezarle a la selva una plegaria de desagravio.»

Este sentido panteísta con que marca la selva a sus moradores se extiende luego, sutil, pero fuertemente, a todo el resto de la naturaleza:

> «Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!»

El sol, algo tan ajeno a la penumbra eterna de la selva, puede, sin embargo, ser también adorado como un deseo inconsciente de liberación.

Una vez que la selva ha sido divinizada, resulta inevitable humanizar esta divinidad. Para ello hay dos procedimientos: uno, elemental e inmediato, consiste en dotarla de sensaciones y sentimientos humanos; el otro, en mitificarla. Para demostrar el primer caso valdría cualquiera de los textos citados, como ese de que los árboles hacen señas, los murmurios dicen cosas y los ramajes remedan la voz humana. O este otro en que se describe un amanecer:

> «Mientras apurábamos el café nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a tierra removida, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en los abanicos de los moriches. A veces, bajo la trasparencia estelar, cabeceaban algunas palmeras humillándose hacia el oriente...»

Obsérvese cómo la madrugada exhala un vaho, al igual que lo haría una persona o un animal; se «insinúan» los susurros de la selva como las voces humanas y «cabecean» las palmeras, que se «humillan» hacia oriente; y en fin, hasta los mismos moriches ostentan femeninos abanicos. Rivera, hasta en aquello al parecer más inocente, como es la descripción de un amanecer, se muestra dominado, saturado del espíritu de la selva y de la naturaleza. Y esto nos trae, por contraste, el recuerdo de Jorge Isaacs, para quien el hombre es el dueño y dominador de los elementos. Véase, pues, cómo la transformación preconizada por Rivera es más profunda de lo que a primera vista podríase sospechar, pues se refiere, no ya a una actitud ante un determinado fenómeno natural, como sería lo que él llama la «vorágine de la selva», sino la actitud misma del hombre ante la naturaleza, actitud que en Isaacs se identifica con la clásica de dominio y ordenación y en Rivera de sometimiento y «vorágine».

En cuanto a la segunda manera de humanizar la divinidad de la selva de que venía hablando, los mitos, es lógico suponer que el hombre que se halle sometido a la influencia dominadora de la selva, destructora de toda personalidad, retorne a la primitiva ideología de los indios, con quienes, además, tiene que convivir; y a semejanza de ellos cree mitos para de algún modo explicarse la razón de los misterios que le rodean. Uno de éstos, incomprensible, y de los más acuciantes, es el porqué del maleficio de la selva. Existe, según el mito, una indiecita que cuida de la selva y castiga a quienes atentan contra ella:

> «La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de los manantiales y lagunas. Vive en el riñón de las selvas, exprimiendo las nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en la felpa de los barrancos, para formar nuevas corrientes que dan su tesoro a los grandes ríos. Gracias a ella tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas.»

Una vez que se ha humanizado a esta selva que sojuzga y aniquila se la llega en cierto modo a querer con ese desesperado amor masoquista de que hablé antes, y se comprende la razón de su actitud hostil y se hace uno solidario de ella. Con frecuencia, sin embargo, esta comprensión no va más allá de los delirios del sueño:

> «Las visiones del soñador fueron estrafalarias: procesiones de caimanes y de tortugas, pantanos llenos de gente, flores que daban gritos. Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse con las nubes, pero la tierra les agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundizarse, su especie formidable, incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje de urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas.»

Esto no obstante, la selva todavía es desconfiada. Teme se burlen de ella, tomen a broma sus pretensiones de resarcimiento. Le gustaría que los otros sintieran algo de lo mucho que ella ha tenido que soportar, para que de verdad comprendieran su actitud hostil:

> «Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores estas anatemas:
>
> «Picazlo, picazlo con vuestro hierro, para que experimente lo que es el hacha.»

al igual que ella sentía insistentemente la de los caucheros ávidos de su savia.

Y por más que el hombre intente compenetrarse con ella, ésta no verá en él sino al cauchero que la hiere, o cuando menos al rumbero que para abrir sus trochas destruye sus malezas. Por eso:

> «Picazlo, aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio.»

Es difícil, casi imposible, zafarse al embrujo de la selva. Sin embargo, al igual que en los viciosos más empedernidos, queda siempre un último deseo de luz, y desear la luz es desear salir de la selva. Clemente Silva, guiando su grupo de «picures» que venían en busca de los países civilizados, mientras atravesaba la selva rogaba al cielo «le dijera de qué lado nace la luz... ¡Ver el sol, ver el sol! Allí estaba la clave de su destino».

La añoranza del sol es continua en estos prisioneros de la selva, condenados, bajo las oscuras copas verdes, a una eterna penumbra. Este deseo, esta necesidad de luz, les impele a escalar los troncos de varios metros de diámetro, a fin de, remontados a lo alto, comprobar al menos su curso:

> «El desdichado joven, con pedazos de su camisa, hizo una manea para los tobillos. En vano pretendió adherirse al tronco. Lo montaron sobre las espaldas para que se prendiera de más arriba, y repitió el esfuerzo titánico, pero la corteza se despegaba y lo hacía deslizar y recomenzar. Los de abajo lo sostenían, apuntándolo con horquetas, y alucinados por el deseo, como que triplicaban sus estaturas para ayudarlo. Al fin ganó la primera rama. Vientre, brazos, pecho y rodillas le vertían sangre. ¿Ves algo?, le preguntaban. ¡Y con la cabeza decía que no!»

Esta añoranza de la luz se convierte en adoración, según la ya citada frase:

> «Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!»

Téngase en cuenta que aquí no se trata de pedir a Dios que le conceda el sol, sino simplemente es la espontánea y gozosa exclamación ante un amanecer. Eran entonces los días de la estepa, cuando todavía no se habían internado en la selva lóbrega. Y este sol tan brillante los enloqueció, inyectándoles el sano deseo de retornar a él. En la penumbra verdosa de la selva este deseo le aguijoneaba, y era como el aguijón de la conciencia que incita a volver al bien. Y esta añoranza de luz luchaba, en el interior de estos hombres, contra el embrujo sádico de la selva. A veces vencía el sol.

He intentado, a través de la novela de Rivera, una especie de teoría de la selva. Comprendida ésta, huelga intentar explicar los personajes que en ella se mueven. Todos, en mayor o menor grado, sufren la transformación que impone su tiranía. Hasta la cándida y delicada Alicia es arrastrada por la lujuria y crueldad del bosque, y Arturo Cova, que la trajo aquí para ocultarla y gozar de su amor en paz y soledad, siente cómo la selva se la arrebata. La selva, por su parte, marca a los personajes que ha hecho suyos con el estigma de una trágica y fatídica grandeza: Franco, Barrera, Niña Griselda, Luciano Silva...

Si es cierto lo que en un principio afirmaba de que la geografía confiere su carácter a los pueblos que limita, es indudable que de esta teoría de la selva podría deducirse una teoría de la América tropical, hosca y hostil y recelosa, que vegeta a la sombra perpetua de sus inmensas siringas milenarias y que, con un cielo rutilante a pocos

metros por encima de sus cabezas, vive en perpetua penumbra. Podría hablarse de una América aletargada por el beri-beri, idiotizada por la risa sardónica de los bosques, excitada por la lujuria vegetal de la selva. Cierto que en la fisonomía de los pueblos existen otros varios factores aparte de su geografía, y que incluso en el ámbito de ésta, la selva no pasa de ser uno de sus varios elementos; pero sucede a veces que uno de estos factores, que en ciertas zonas carece de importancia, en otras se crece hasta llegar a convertirse en factor dominante y dar la tónica general a la región. Esta es, precisamente, la causa de que unos países difieran tanto de los otros, y, en consecuencia, de la variedad misma de los pueblos. Y en este sentido cabe hablar de que la selva, en grandes zonas de la América tropical, ha impuesto su sentido y su carácter. Y esta selva es la áspera y hosca que Rivera descubre en su *Vorágine,* dominadora de las personas, y no la suave de Jorge Isaacs, importada de la Europa francesa y válida tan sólo para algunos valles costeros. Rivera, en su elección, fué más sincero que sus predecesores, ya que la América tropical, más que dominadora, ha estado hasta ahora dominada por su salvaje geografía. Es de esperar que la añoranza de sol, de luz, sea también para estos países un revulsivo que algún día logre imponer su benéfica influencia.—José Antonio Galaos.

INDICE DE EXPOSICIONES

Veinte años de pintura de vanguardia en España

La Editora Nacional ha publicado un interesante volumen que firma nuestro querido compañero Carlos Antonio Arean y que, bajo el título de *Veinte años de pintura de vanguardia en España,* hace cumplida historia estética de uno de los movimientos nacionales más importantes —¿no el más?— del concierto universal.

Asistentes, y espectadores, a la aparición y gozo de la nueva pintura, hemos seguido paso a paso y día a día la evolución de una formación estética, que si bien tiene muchos signos definitivos antes de 1936, y en varios nombres, comienza a formarse en Madrid en tiempos heroicos; en esos tiempos que recordaba Camón Aznar en reciente conferencia, en los cuales éramos pocos, muy pocos, los que contra muchos fetichismos hubimos de luchar: tiempos de las exposiciones de Palencia en la calle de la Palma, de Ortega Muñoz, entre silencios de muerte, hasta llegar a la creación de la Academia Breve y de los dorsianos salones de los Once. Carlos Antonio Arean, con